

## PALABRAS EN LA PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN FACSIMILAR DE LA REVISTA *SUR*\*

---

Al encontrarme aquí con vosotros, en la presentación de la edición facsímil de la revista *Sur*, que vio la luz en esta tierra hace ya casi sesenta años, no puedo dejar de expresar, en primer lugar, mi profundo agradecimiento en la persona de su director José Ignacio Díaz Pardo, del Centro Cultural de la Generación del 27 que, con esta edición, da nueva vida, nueva presencia pública, a la revista que hicimos cuando apenas cumplíamos veinte años. Y hago extensivo este agradecimiento, también en primer lugar, a la profesora María Dolores Gutiérrez Navas, cuya inquietud por rescatar esfuerzos que parecían perderse en el tiempo la llevó a proponer esta edición facsimilar, tan fiel y cuidadosamente realizada y tan lúcida y esclarecedoramente prologada por ella. Gracias a esta edición, la revista *Sur* se rescata del olvido y pasa a formar parte de una historia de la cultura, no sólo local, sino nacional.

No sin emoción, asisto a este rescate del fruto de un empeño juvenil hoy tan distante en el tiempo. No será superfluo con este motivo destacar algunos rasgos de la joven generación de intelectuales de la que los directores de *Sur* formábamos parte y que marcaron nuestro quehacer con la publicación de la revista. Estábamos, por supuesto —sin tener clara conciencia de ello— a las puertas de la tragedia nacional que sería la Guerra civil. Esa tragedia, de la que ya sonaba la primera e incluso la segunda llamada, nos encontraba con una intensa politización, entendida ésta como un afán vehemente de transformación, no

---

\*Palabras pronunciadas en Málaga, el 6 de octubre de 1994, con motivo de la reedición facsimilar de *Sur* (Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1994).

sólo en el marco de la cultura, sino en el de un cambio radical de la sociedad entera. Ciertamente, en este afán había mucha sed de justicia y mucha generosidad de una juventud que sacrificaba sus goces inmediatos por objetivos que sólo podían reeditar privaciones personales. Pero este convencimiento pleno de que la verdad y la justicia estaban de nuestro lado no dejaba de tener un aire mesiánico, y, sobre todo, cierto subjetivismo e idealismo al mirarnos en el espejo —entonces sin mácula— de la sociedad surgida de la Revolución rusa. La agudización de la lucha política y social en la España de entonces, no hacía más que alimentar nuestro sueño justiciero y acentuar nuestro activismo político. Pero éramos también jóvenes intelectuales y nuestro fervor revolucionario no podía dejar de expresarse en el campo de la cultura. Y en él los jóvenes poetas, novelistas o ensayistas de entonces contábamos con el ejemplo de los que, mayores que nosotros, vinculaban abiertamente la cultura con proyectos radicales que nosotros compartíamos. Tales eran los ejemplos de Rafael Alberti, María Teresa León, Emilio Prados, Joaquín Arderius, Ramón J. Sender, Wenceslao Roces, José Renau y, compartiendo ese proyecto, desde una perspectiva más moral que política, José Bergamín y Federico García Lorca, entre otros. Éramos muchos los que asociábamos entonces la cultura a un impulso de profunda transformación moral, política y social de la sociedad española. Y entre los jóvenes intelectuales que compartían esa vinculación estaban Miguel Hernández, Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo, José Luis Cano, Miguel Prieto y otros. Esos sueños, afanes y aspiraciones hallarían expresión no sólo en el mundo cultural rico y diverso de la capital, sino también en una ciudad lejana de ese mundo como era entonces Málaga, con la revista *Sur*. Vuelvo ahora mi atención sobre la revista y las circunstancias en que nació, lo que me obliga a dar algunos datos personales.

Llegué de niño a esta ciudad y en ella viví de 1925 a 1937. Doce años intensos en todos los aspectos. Forzado a abandonarla, de ella estuve ausente treinta y cinco años hasta que, afortunada-

mente para mí, pude volver y tener la dicha, desde hace casi veinte años, de visitarla anualmente y alimentar así recuerdos, raíces que el tiempo no ha podido borrar. De estos recuerdos y raíces forman parte mi actividad política, mis inquietudes intelectuales de entonces, la incipiente cosecha poética de un libro, *El pulso ardiendo*, inédito en ese tiempo, y, finalmente, la codirección con mi entrañable amigo y compañero —después mi cuñado—, el pintor y escritor Enrique Rebolledo, de la revista cuya edición facsimilar hoy presentamos.

Al referirme ahora a ella no puedo dejar de evocar la Málaga en que nació: una ciudad de intensa vida política, estremecida cada día por mítines, manifestaciones, huelgas y atentados. Una Málaga polarizada no sólo entre la derecha y la izquierda, sino también en el seno de ésta, sin faltar incluso encuentros violentos. Junto a la encendida vida política de esos años, Málaga conoce también una intensa vida cultural. Pese al estigma de la copla popular: "Málaga, ciudad bravía, / entre antiguas y modernas, / con más de dos mil tabernas / y una sola librería", y aunque, ciertamente, no habían aumentado mucho sus librerías y se mantenía estático el número de sus tabernas, aparecen o se revitalizan instituciones que ponen a Málaga en contacto con el renacer cultural que llega con la República. Me refiero especialmente a la Sociedad de Ciencias y a la Sociedad Económica de Amigos del País, verdaderos focos de irradiación cultural. Recuerdo haber escuchado en sus salones a don Miguel de Unamuno, a Ortega y Gasset, a Gómez de la Serna, y al grupo de jóvenes intelectuales malagueños, ya con una elevada formación, compuesto por Cayetano López Trescastro, Luichi Cuervo, Bugella, Juan Rejano y otros cuyos nombres escapan a mi memoria. Y, ciertamente, a distancia de ellos, refugiado en su soledad, frente al mar, rodeado de pescadores, el hombre de la sonrisa, de la ternura y de la poesía: Emilio Prados. Al encuentro con los frutos del pensamiento y la literatura nacionales y extranjeros servía muy eficazmente la Biblioteca Circulante de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Los más jóvenes, y con un afán que hoy me parece sorprendente, nos alimentábamos tanto de la intensa vida política malagueña como de su quehacer cultural. Pero no éramos beneficiarios pasivos y, en uno y otro caso, también aportábamos nuestro modesto concurso político y cultural.

De Madrid, tan centralista como siempre, llegaban no sólo los avatares de la política que registraba la prensa diaria, sino también las publicaciones de la editorial Cenit, con las primeras traducciones de Marx por Wenceslao Roces, y el impacto de una literatura nueva, que mostraba las vetas trágicas de un mundo presente como las novelas de Remarque, Glaeser, o los ecos de la realización de un nuevo mundo en las novelas de Feding, Babel o Gladkov. Y de Madrid nos llegaba también una nueva revista, *Octubre*, que a lo largo de sus seis números, de julio de 1933 a abril de 1934, nos produjo a los jóvenes intelectuales una profunda impresión. La revista, de escritores y artistas revolucionarios, estaba dirigida por Rafael Alberti, que acababa de hacer profesión de fe poética revolucionaria con su librito, *Consignas*, y por María Teresa León. La revista se inscribía, desde la literatura, en la lucha contra el fascismo y la guerra, y en la solidaridad con el proletariado. Y aunque estaba dirigida, sobre todo, a los intelectuales, también abría sus páginas a la juventud (yo colaboré en ella con un romance bajo el seudónimo de Darin) y tenía la pretensión —difícil de cumplirse— de que se abriera paso entre los trabajadores. Alberti exageraba, sin duda, al decir en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, y seguramente pensando en Emilio Prados, que “los pescadores de Málaga se reunían a escuchar en voz alta nuestra revista revolucionaria”. Lo que sí es cierto es que Emilio colaboraba en ella y la alentaba, y que gracias a él estábamos desde aquí en relación con la revista y que esto ejerció una influencia en nosotros que se reflejó en la fundación de *Sur*.

Debo agregar algunas palabras más sobre el contexto malacitano en que tuvo lugar este empeño nuestro. Ya me he referido antes a la intensa vida cultural y política de aquellos años, y al grupo de jóvenes intelectuales que daban fe de su riqueza. Pero,

por lo que a mí toca, mi relación era más estrecha con un grupo de compañeros de la Escuela Normal que se caracterizaba a su vez por una inquietud intelectual y política, aunque no compartían —a nivel de militancia— las posiciones ideológicas que se expresaban en *Octubre* y se expresarían aquí en *Sur*. En este grupo destacaban Ángel Caffarena y Esteban Casado. Formábamos un grupo audaz, muy crítico e informado, que por nuestra formación hacíamos temblar a nuestros profesores en la Escuela Normal. Compartiendo las mismas posiciones ideológicas estaba también Enrique Rebolledo, de vocación entonces más plástica que literaria, que compartiría conmigo —con el seudónimo de Sanin— la dirección de *Sur*, responsabilizándose sobre todo de su diseño y presentación.

Puede explicarse por todo esto que en el rico contexto cultural y político malacitano surgiera una revista que, en cierto modo, lo reflejaba aunque sus colaboraciones procedieran, casi todas ellas, de fuera. Emilio Prados no participó directamente en este empeño, pero gracias a él pudimos relacionarnos con destacados intelectuales de la capital y especialmente con Rafael Alberti.

Mi ida a Madrid para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central nos permitió a Rebolledo y a mí consolidar esas relaciones y ampliarlas, asegurando la colaboración de Miguel Prieto y Darío, en la parte gráfica, y las colaboraciones del propio Alberti, Altolaguirre, María Teresa León, José Luis Cano, César Arconada; desde Madrid, pudimos obtener las de los franceses Romain Rolland y Jean Cassou. A ellas hay que agregar las de escritores latinoamericanos como el cubano Ángel Augier, el nicaragüense Pedro Antonio Cuadra y el peruano Armando Bazán, que yo pude conseguir a través de mis relaciones en Madrid con la Unión de Estudiantes Hispanoamericanos. Emilio Prados, que nos alentaba mucho en nuestro empeño, colaboró con el poema "Los amos no duermen", muy representativo de sus inquietudes sociales y políticas de entonces. Mi hermano Gonzalo colaboró con un texto contra el racismo que hoy cobra una dramática actualidad.

No me referiré al contenido de la revista, certeramente estudiado, así como a sus antecedentes, en la introducción de la profesora Gutiérrez Navas. Y al poner éstos de relieve, ella tiene razón al señalar el ejemplo de la revista *Octubre*. No es casual que haya mucha coincidencia con *Octubre* en nuestra declaración de propósitos y que la mayor parte de los colaboradores de *Sur* lo fueran también de *Octubre*. Pero quizá habría que matizar que la conjunción de cultura y revolución, común a ambas revistas, tiene en *Sur* una tonalidad más equilibrada, ya que no se insistía tanto en el culto —entonces difícil de evitar— a lo que pasaba como modelo de esa integración en la URSS.

Nuestro proyecto tuvo una realización efímera. Sólo dos números. Las dificultades económicas y la distancia que se interponía para llevar a cabo la codirección —uno en Madrid y el otro en Málaga— no nos permitieron hacer más. Ciertamente, los valores humanos y culturales que, con *Sur*, se pretendía defender, siguen siendo válidos, pero la experiencia histórica exige hoy que se asuman de un modo distinto del que se nos antojaba necesario en los años treinta. Pero, dentro de la historia de la conjunción de esos valores, este modesto esfuerzo realizado en un rincón provinciano, pero sin caer en el provincianismo, tiene su lugar en esa historia universal como lo tiene también, por modesto que sea, en la historia de la cultura malacitana. Y de ahí que haya que agradecer el que, al cabo de sesenta años, se reconozca, con la reedición facsimilar de la revista *Sur*, un esfuerzo que es inseparable de la vida política y cultural de la Málaga inquieta y dramática de los años treinta.